Al Cielo con Amigos

por Pbro. Hugo Céliz

La mayoría de chicos y chicas que hoy pronuncian esta frase, no tendrán la mas mínima duda de lo que significa: ir a bailar a ese lugar denominado "El Cielo", con los compañeros de la facultad, con la novia o con los amigos de siempre. Creo que esto está clarísimo.

Sin embargo, podríamos recordar que una cuestión de Santo Tomás en la Suma Teológica, nos habla exactamente de esto: del Cielo en compañía de los amigos. (I-II, q. 4, a. 8). ¿Quién le daría hoy a la frase con la que titulamos el artículo este sentido? Seguramente nadie, El Cielo ya no es el fin último del hombre, el lugar para estar con Dios, la Virgen y los santos gozando de la vida eterna; ya no es el lugar del ideal por el cual valga la pena vivir y morir. Es un simple lugar para ir a bailar, algunas noches, cada tanto. Pero me pregunto si no habrá otra diferencia entre los dos cielos. Creo que si.

El habitual y ya casi olvidado (al menos en la práctica) cielo, es el lugar de la vida plena. Pero quién puede querer la vida plena, la vida eterna, si ya nadie quiere la vida. ¿Qué disparate estoy diciendo, no? Dietas, gimnasio, cosmética, compras, sexo desordenado, alcohol de más; inteligencia, datos y notas, pero no sabiduría. Competencia vale todo. Ternura, pasión y compromiso separados. Placeres varios. Si esto no es la vida, ¿la vida qué es?

¿Y si la vida fuera otra cosa?

Los invito a pensar la vida como COMUNICACIÓN.

Mi imagen del Cielo (y aquí no estoy exponiendo doctrina sobre escatología sino simplemente una intuición personal que de todos modos no se opone a lo revelado) es que vamos a estar todos juntos con Dios, comunicándonos el amor que eternamente somos capaces de dar. El infierno no me lo imagino todos juntos sufriendo frente al demonio; me imagino un estado en el cual cada uno estará encerrado sobre sí mismo sin ninguna capacidad de dar ni de recibir ABSOLUTAMENTE NADA. LA NADA TOTAL, LA NO POSIBILIDAD DE COMUNICACIÓN, por lo tanto la muerte eterna; nunca jamás poder comunicarse con Dios ni con nadie, y sufriendo por eso, claro.

Pero lo que más me entristece es que hay mucha gente que no quiere hablar del infierno, porque puede sonar anticuado o ir en contra de la misericordia divina, y sin embargo se crean el infierno propio y personal en esta vida (y probablemente sin merecerlo), víctimas de una sociedad que confundió los cielos y las vidas.

¿QUIÉNES SON? Son los que no cuentan lo que les pasa, no tienen amigos verdaderos, no confían en nadie; tienen miedo a amar y terror a ser amado, porque el amor sin duda compromete y nos enfrenta con la posibilidad de sufrir por la persona que se ama. Y compromiso y sufrimiento por el que se ama, no son

valores que coticen en bolsa... o al menos, no están en alza.

En estos años de sacerdote, he tenido que enterrar más chicos jóvenes muertos por accidentes de motos, sobredosis, sida, suicidios y otras yerbas, que a gente de edad. Esto me aflige más todavía. Sobretodo los suicidios: probablemente estos chicos ya sabrían lo que es la muerte en vida antes de pegarse el tiro o la sobredosis; muertos en el Espíritu, muertos a la comunicación, muertos a la vida en serio, con sonrisas de plástico y excusas para todo, y quizás todo por miedo a...

No pretendo, al reflexionar con ustedes, encontrar a los culpables: acusarlos poco importa aquí; la sociedad, los mayores, estos o los otros. Es cierto que el ambiente no ayuda, pero creo que la pregunta valiosa es ¿qué puedo hacer yo por cambiar esto empezando por mí mismo? Y quizás, antes de eso, lo esencial sería VERLO. No hay peor enfermedad o problema que el que no se ve. "Si hay misiadura, que no se vea"; frase de calles porteñas... que cuando se toma como estilo de vida, es un arma mortal.

¿Qué hay que hacer? Preguntaría el hombre activista de nuestro siglo. La respuesta es VER, VER CON CLARIDAD. Si ustedes pueden empezar a verlo, ya está más de la mitad del problema solucionado.

Tanto reflexionamos sobre la pena de muerte... si es lícita o no, si corresponde, la Iglesia, el perdón, la misericordia, las enseñanzas del magisterio. No me toca a mí analizar esto aquí; pero sí les diría: y qué pasa con las condenas a muerte que firmamos todos los días sobre nosotros mismos, sobre nuestros amigos, sobre nuestros padres, sobre nuestra novia o novio, cada vez que no somos capaces ni de compartir más que mera información, cuestiones de piel o de cosmética (en sentido amplio); sólo lo superficial, lo valioso para un mundo que ha hecho del Cielo un lugar para estar con la música a todo lo que da, encerrados sobre nosotros mismos, sin escuchar a nadie, sin que me importe nadie, sin amor, sin vida. La superficialidad que ha transformado al Cielo en un infierno.

Los invito a que no firmemos más estas sentencias de muerte, por supuesto escondidas atrás de lo piola, lo de moda, lo vivo, lo moderno. Vayan todas las veces que quieran a bailar al Cielo; poco importa: pero volvamos al sentido tomista: AL CIELO CON AMIGOS: la comunicación de amor plena con Dios, y con los amigos, en cuanto me ayuda de algún modo a ella.

Oración, diálogo, apertura de corazón, sinceridad, PROFUNDIDAD, animarse a amar sin esperar nada a cambio; compromiso: éstas son las tarjetas de acceso; funcionan siempre. Sólo hay que querer; nos dice San Agustín: "el Dios que te creó sin tí, no te salvará sin tí".

En lugar de vivir en un infierno, ¿por qué no adelantar el Cielo? ¿Es posible? ¡¡¡Sí!!! Vamos juntos entonces, al cielo, con amigos. Vamos.

Extraído de la Sección Espiritualidad, Revista UcAnomics, Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas de la Universidad Católica Argentina, Nº 2, 1995.

VOLVER A LA PÁGINA ÍNDICE